

El Palacio de los Duques de Santoña (1576), sede histórica de la Cámara de Comercio, Industria y Servicios de Madrid

A lo largo de más de cinco siglos, una parte destacada de la historia de Madrid ha transitado por este palacio de la calle de las Huertas, en pleno barrio de las Musas, erigido en el siglo XVI, en los últimos años del reinado de Carlos V. El primero de los ilustres habitantes que ha tenido el inmueble fue Muley Xequé, el príncipe heredero de Marruecos, que pasó aquí gran parte de su exilio, a principios del siglo XVII, y cuyas andanzas despertaron la curiosidad de los autores de la época: Cervantes se refiere al “Príncipe Negro” en alguna de sus obras y Lope de Vega titula uno de sus dramas “La tragedia del Rey Don Sebastián y el bautismo del Príncipe de Marruecos”.

El político y banquero Francisco de Goyeneche adquirió la finca en pública subasta en 1731 por 325.000 reales de vellón y encargó la transformación del palacio al prestigioso arquitecto madrileño Pedro de Ribera, autor del puente de Toledo, de la ermita de la Virgen del Puerto y del cuartel del Conde-Duque, entre otras importantes obras.

Goyeneche, de origen navarro, llegó a ser tesorero de la reina Ana María de Newburgo, viuda de Carlos II, y consejero de la Tesorería Mayor. Fue un hábil hombre de negocios: proveedor de víveres y de rentas reales, y comerciante de goma, especias y otros productos de ultramar, lo que le ayudó a lograr una enorme fortuna que, sumada a la herencia paterna, le convirtió en uno de los hombres más ricos del momento en España. Además, logró el Monopolio del

Tabaco, fundó la “Gaceta de Madrid” –que se convertiría en el Boletín Oficial del Estado- y fue impulsor del Nuevo Baztán, a unos cincuenta kilómetros de Madrid, población que brilló por la industria del vidrio y las pieles, construida sobre los planos de José de Churriguera, protegido de Goyeneche.

Tras la compra, Goyeneche ordenó derruir casi por completo la casona de la calle de las Huertas para transformarla en palacio, coronando la obra con la magnífica **Puerta de la fachada principal** de Pedro de Ribera, en la calle del Príncipe. El magnífico arquitecto actuó, presumiblemente, en otras partes de la reforma. Por aquél entonces, la construcción contaba aún con una torre en la esquina de Príncipe con Huertas, que hubo que derruir años más tarde porque su peso ponía en peligro el resto del edificio.

El palacio pasó a ser propiedad de los Duques de Santoña en 1874, quienes acercaron el aspecto del edificio a los gustos de la época -exotismo e influencia oriental-, tal como hoy se puede contemplar. En palabras del arquitecto Fernando Chueca Goitia, “con ser muy valiosos los artistas que trabajaron en la decoración del palacio, lo más importante es el conjunto de la obra considerada en su totalidad; su armonía dentro de la variedad de estilos y motivos; la riqueza de sus materiales y policromía (...). Este palacio de Manzanedo representa el último esfuerzo de la aristocracia para sostener su rango y su tren de vida. Pocos años después, las condiciones del mundo moderno y los profundos cambios sociales acaecidos convertirán estos palacios en entes anacrónicos al poco tiempo de su construcción”.

Juan Manuel de Manzanedo responde al perfil del indiano del siglo XIX. Hijo de una familia montañesa de clase media emigró a Cuba, en donde sus negocios en Banca le reportaron una considerable fortuna. A su vuelta a España en 1845

ocupa, entre otros cargos, los de diputado y senador. La reina Isabel II le concede el marquesado de Manzanedo en agradecimiento a los servicios que había prestado a la Corona, como las fuertes sumas que donó para socorrer a las víctimas del cólera en Filipinas y en Puerto Rico, o el envío, a su costa, de un centenar de soldados a África en 1860. A la caída de los Borbones, el marqués de Manzanedo trabajó sin descanso a favor de la Restauración, lo que le valió, al ocupar Alfonso XII el trono, el ducado de Santoña.

El marqués se casó en 1873 con María del Carmen Hernández Espinosa, y a los pocos meses de la boda adquirió el edificio. Tras dos años de obras, la inauguración del palacio se celebró con una gran fiesta que tuvo como invitados más ilustres al rey Alfonso XII y a su esposa, doña María de las Mercedes. El Monarca acudió también a algunas de las numerosas comidas, recepciones y bailes que aquí se celebraron en los años siguientes.

La duquesa realizó numerosos viajes, en los que adquirió ricas cerámicas y cristalerías de Sajonia y de Bohemia, lujosos carruajes –uno de ellos de ocho caballos, como las carrozas reales- y fastuosas joyas. El aderezo que lució durante la boda de don Alfonso y doña María de las Mercedes le costó doscientas mil pesetas “de las de entonces”. La colección de arte, compuesta por 269 cuadros, contaba con las mejores firmas, como Goya, Velázquez, El Greco, Lucas Jordán o Ribera.

Pero no todo eran caprichos suntuosos. La duquesa de Santoña también sostuvo a varias asociaciones benéficas y sufragó la construcción del Hospital del Niño Jesús para niños pobres en el barrio de Peñuelas.

La muerte de Juan Manuel de Manzanedo en 1882, en la villa santanderina de Santoña, precipitó el declive de la familia. Dejó a su esposa la quinta parte de su hacienda, además de 24 millones de reales en concepto de arras que le había

reconocido tres años antes. Pero la aparición de una hija del duque, nacida de sus años de estancia en Cuba, y legalmente reconocida, dio comienzo a un pleito que duró cerca de diez años y que se llevó por delante la fortuna de la duquesa. Para llevar adelante el litigio, en el que intervinieron los abogados más famosos de la época, contrajo deudas, firmó escrituras, hipotecó propiedades, vendió joyas, solicitó préstamos personales y acabó por verse envuelta en una maraña de la que no pudo salir. Según el testimonio de la duquesa, a principios de 1890 poseía un capital de 60 millones de pesetas, pero a mediados de 1893 se encontraba en la ruina. Acabó muriendo en París un año más tarde, acogida por un antiguo y fiel servidor.

José Canalejas cierra la lista de los más conocidos vecinos de la mansión. Canalejas, presidente del Gobierno español bajo el reinado de Alfonso XIII, le compró el edificio a la duquesa, ya viuda. En la época, el pueblo de Madrid acusó a Canalejas de aprovecharse de la situación –fue uno de los abogados que intervinieron en el pleito- y no faltó quien afirmara que pasó tan alta minuta por sus servicios que hubo de ser pagada con el propio palacio.

Lo cierto es que la casa pasa a manos del prestamista Enrique Parrella por embargo judicial, quien la vende pocos meses después a las hermanas María y Rosa Saint-Aubin por un cuarto de su valor. María fue la primera esposa del político liberal, hombre popular en el momento del desahucio, pues ya por entonces había ocupado dos ministerios. Tras la compra, Canalejas se traslada a vivir con María y con su hermana Rosa, el marido de ésta, y Alejandro Saint-Aubin. Y aquí siguió residiendo el estadista tras enviudar, junto a los demás familiares.

En su gabinete del Salón Turco del palacio conversó largamente Canalejas con insignes políticos de la época, se celebraron tertulias y se definieron las

estrategias del Estado. También de esta casa salió Canalejas la trágica mañana en que fue asesinado por la espalda en la Puerta del Sol en 1912. Su muerte provocó de nuevo la visita de la Familia Real al palacio, esta vez del rey Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia, que acudieron a dar el pésame a la viuda, quien no tuvo ánimo para recibir a los monarcas.

Rosa Saint-Aubin mantuvo la propiedad del inmueble hasta su muerte, en que lo heredaron sus sobrinos, que no pudieron hacer frente a los gastos que ocasionaba mantener una mansión de estas características, y empieza así un largo periodo de abandono del edificio, hasta que el 6 de junio de 1933 Casimiro Mahou, entonces presidente de la Cámara de Industria –aún no se había fusionado con la Cámara de Comercio- formalizó la compra para trasladar la sede de la institución desde la calle de San Bernardo hasta la de las Huertas.

Así, el palacio se convertía, a través de los años, en reflejo del devenir social. Desde los tiempos del esplendor de la aristocracia hasta el ascenso de la burguesía comercial que cimentaba la actividad económica española del momento, por aquí pasaron algunos de los personajes más destacados de cada época, para habitarlo o como invitados de bailes, cenas de gala y reuniones.

La Cámara de Comercio e Industria de Madrid conserva el palacio como sede histórica de esta institución que viene sirviendo a los comerciantes e industriales madrileños desde 1887. Un palacio que, en palabras de Chueca Goitia es “acaso el más fastuoso y, desde luego, el mejor conservado de su época”

La casa de las empresas madrileñas

La Cámara de Madrid ha cuidado con esmero este edificio, de un modo especial la primera planta, “zona noble” del inmueble; la **Escalera de Gala** y la citada portada principal, que conservan la decoración que le dieron los duques de

Santoña. En las paredes de sus estancias hay espléndidas pinturas –destaca el retrato del duque firmado por **Madrazo-**, con alusiones al Comercio y a la Industria, entremezcladas con otras que evocan facetas de las Bellas Artes. Desde 1962 se han realizado distintas restauraciones para mantener en las mejores condiciones el Palacio y las obras de arte que contiene.

La **Escalera**, de mármol de Carrara labrado al estilo del Renacimiento italiano, fue proyectada por el reputado arquitecto Domingo Inza. Carlo Nicoli diseñó el pasamanos, realizado a base de figuras de ángeles que leen o escriben, separados por los escudos de la casa de Santoña y Manzanedo. Dos leones guardan el arranque de la escalera, labrados por el famoso escultor Canova también sobre mármol de Carrara.

El portal de la **Escalera de Gala** está rematado por una bóveda en cuyos ángulos aparecen estatuas en alto relieve de Europa, Asia, África y América. Junto a ellas, de nuevo, los escudos de la casa de Santoña y Manzanedo, todo del escultor Manuel Oms. En el vestíbulo, flanqueado por dos columnas de mármol, se conserva el gran espejo, obra también de Oms.

Subiendo las escaleras, en el primer rellano, resaltan tres esculturas cinceladas por Carlo Nicoli, que representan a las diosas Fortuna y Minerva -copias de los originales expuestos en el Museo Vaticano- y a una Amazona -reproducción con algunas diferencias de la que posee el Museo Capitolino de Roma-. En los frescos de Francisco Sans que recubren los muros laterales se encuentran las musas de la Mitología, y en la bóveda se aprecia “Las provincias de Ultramar ofreciendo sus productos a España”, del mismo autor, que simboliza el comercio y la riqueza de las Antillas.

La “zona noble” del palacio, en el primer piso, se compone de distintas estancias, entre las que destacan por su valor artístico el **Salón de Fiestas**, el **Salón Pompeyano** y la **Rotonda**.

La decoración del **Salón de Fiestas**, hoy **Salón de Actos**, es de estilo Renacimiento. La obra pictórica de esta sala se atribuye a Francisco Sans, y representa el origen del título de Santoña y una alegoría de las cuatro estaciones. El conjunto se completa con dos espejos monumentales, verdaderas muestras de la fastuosidad que distingue esta planta.

El **Salón Pompeyano** recibe su nombre del estilo en el que está decorado. Manuel Domínguez fue el autor de las pinturas del techo y de los medallones de los cuatro muros, cuyo tema central son alegorías de las artes plásticas y retratos de artistas como Miguel Ángel, Petrarca, Rafael y Dante; el resto es obra del escenógrafo catalán Francisco Plá. La decoración de este saloncito de exquisito gusto y rara suntuosidad se completa con una veintena de platos de cerámica policromada. de mediados del siglo XVIII.

Por último, el “boudoir” de la **Rotonda** constituye una ingeniosa solución con la que el arquitecto salvó el problema que representaba el chaflán del edificio. En esta estancia destaca el contraste de los colores de los mármoles del pavimento. Los lienzos que la decoran se atribuyen a Plácido Francés, y representan “Una fiesta campestre del siglo XVII” el de la derecha, a la izquierda “Lectura en un jardín” y en el techo una alegoría de los amores de Hermes y Afrodita.

Aún quedan otros salones, como el **Comedor de Gala**, con dos grandes lienzos de Ramón Olavide; el **Salón Turco**, originalmente una sala para fumar,

ejecutada en París; el **Oriental**, decorado en estilo japonés, con pinturas de escenas cotidianas en tiempos clásicos; y el **Luis XV**.

(Información extraída del libro “**La Casa Palacio de la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid**”)